Al entrar en los cañones, lenta y suavemente, el río Sil se convierte poco a poco en un animal salvaje. Tal vez en un primer instante no parezca más que una corriente de agua deslizándose casi en silencio, una especie de cicatriz de plata grabada en la tierra. Pero a medida que pasa del valle a la colosal garganta de piedra, el río se transforma en una bestia. Apenas unos pocos metros bajo la superficie, allá donde la luz empieza a desaparecer, el agua acelera su curso a la vez que se vuelve negra, densa y pesada. Y esto nada más es a medio camino hacia la oscuridad, cuando aún no cesa la caída, pausada pero imparable, hacia la tumba silenciosa que es el lecho del río. Porque muchos, muchos metros más abajo, acomodado sobre las rocas sumergidas y frías como el hielo de mil inviernos, descansa un cuerpo menudo.

A tanta profundidad, las corrientes son tan fuertes que podrían arrasar a la propia montaña si quisieran. Pero el río se torna manso a su altura para no arrastrar el cuerpo, para no desgarrar las ropas que aún lo envuelven, tejidas de la misma luz en la que se visten los fantasmas. Aquí, en lo más profundo de la mayor violencia, el agua se arremolina para ensortijar su cabello, acaricia su rostro, se filtra entre sus dedos que se mecen con suavidad, como un campo de espigas en el viento. Aquí abajo, a tanta profundidad, el río parece deslizarse como un susurro. Aunque nada más sea para no molestar este descanso. El descanso de los muertos.

PRIMERA PARTE

El vino y la sangre

1

Acabar

Sober, cañones del río Sil

En la actualidad

David observa el espacio a su alrededor. Su cuerpo desnudo, acomodado en la bañera, una imponente pieza de piedra y metal de diseño que en su momento fue otro de los caprichos de Sandra. A su derecha, el cuarto de baño en toda su amplitud, ahora apenas iluminado por la luz tenue de unas cuantas velas dispuestas aquí y allá. Y, a su izquierda, el enorme ventanal. Toda la pared es una sola hoja de cristal que ofrece una panorámica tan imponente como espectacular del bosque primero y, a continuación, de la colosal entrada al cañón del río Sil al atardecer, justo antes de abocar su curva hacia la garganta de Santiorxo. Es verdad que al principio apenas valoró la propuesta. En aquel momento tan solo le pareció otra estupidez por parte de Sandra, su esposa. Pero con el tiempo tuvo que reconocer que era una buena idea. Muchos matarían por poder relajarse en un mirador con vistas como esta que él tiene ahora, con el río recortado como un reflejo de plata en las últimas horas de la tarde. Sí, todo esto es muy bonito. Si lo sabrá él, que es quien lo ha pagado. Pero ahora eso no es lo importante. No, ahora el problema es otro: por más que se esfuerce en intentar comprenderlo, David no tiene ni la más mínima idea de cómo ha llegado aquí.

No recuerda haber entrado en el cuarto de baño, ni haberse desnudado, ni tampoco haberse metido en la bañera. Maldita sea, es que ni siquiera recuerda haber pensado en darse ningún baño. Entonces ¿cómo coño ha acabado ahí dentro? ¿Quién lo ha desnudado? ¿Tal vez la misma persona a la que también le ha dado por llenarlo todo con esas velitas de mierda? Joder, concéntrate, David, concéntrate…

Sandra está de viaje. Porque lo está, ¿no? Sí, sí, eso es cierto. Y Jimena, la hija de ambos, se ha quedado con los abuelos. Correcto, él mismo la dejó con ellos el día anterior. Pero esto… ¿Qué coño has hecho, David?

Concéntrate, joder, ¡concéntrate!

Aturdido, David Quiroga vuelve a mirar a su alrededor. Y de repente siente el frío. Claro, ese otro detalle. Si está en pelotas y en la bañera, entonces… ¿por qué no hay agua?

David intenta reaccionar, pero le cuesta. Está aturdido, la cabeza le pesa, tiene sueño… Y el estómago revuelto. ¿Qué has hecho, David? ¿Qué cojones has hecho esta vez?

En ese momento algo vuelve a llamar su atención. Es una voz. Sí, una que viene de fuera. Del pasillo. Sí, alguien murmura algo. David intenta escuchar lo que sea que alguien dice en el corredor. Se trata de un rumor suave, fino. Y de improviso cambia. No, espera. Esa voz… No, joder, no es de mujer. Pero entonces ¿quién coño lo ha desnudado?

—¿Hola?

De pronto el murmullo cesa.

—¡Hola! —repite.

Silencio.

—Venga, no me jodas, ¡te acabo de oír!

David cae en la cuenta de lo mucho que le cuesta hablar. ¿Qué demonios se ha metido esta vez?

—Sal ya, joder. Esto no tiene… ¡No tiene gracia! Y encima se me están helando las pelotas, co… coj… ¡cojones ya!

Sí, David repara en que balbucea y siente la boca pastosa. Pero, con todo, ese sigue sin ser el mayor de sus problemas. Porque, de hecho, las cosas están a punto de ponerse todavía más feas. Justo cuando la silueta de alguien alto y fuerte se recorta contra el marco de la puerta.

—¿Quién…?

Pero es inútil. Por más que se esfuerce, que entorne los ojos y haga por enfocar, David Quiroga no logra identificar a nadie. La penumbra primero, el contraluz de las velas después, lo que sea que lleve dentro… Es inútil, David no podría reconocer ni a su propia madre así entrara por la puerta.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres? ¿De qué coño va todo esto?

Es entonces cuando la persona, que hasta ese momento ha permanecido inmóvil junto a la puerta, da un par de pasos al frente. Despacio, sin prisa. ¿Y para qué correr? De sobra sabe que David no irá a ninguna parte. Es al pasar junto a las primeras velas que David Quiroga puede verlo con mayor claridad. Y si hasta ese momento no comprendía nada, ahora, al reconocer a la persona que atraviesa el baño, menos todavía.

—¿Tú?

David cierra los ojos con fuerza para intentar aclarar la mirada, las ideas, lo que coño sea que pueda aclarar.

—Pero qué mierda…

No le da tiempo a más.

—Chisss…

Antes de que pueda decir nada, quienquiera que sea ha venido a colocarse detrás de David, asomado desde la cabecera de la bañera. Ha metido los brazos por debajo de sus hombros y ha tirado de su cuerpo hacia arriba.

Ahora le acomoda la cabeza contra el borde de la tina con suavidad, y luego le coloca las dos manos en los laterales del cráneo, una en cada sien. A pesar de la brusquedad inicial, por un instante a David Quiroga le parece percibir cierta delicadeza extraña en el gesto. Casi cariño…

—¿Pero qué coño estás haciendo?

Como en una caricia, la otra persona encaja la cabeza de David Quiroga entre sus manos. La derecha ha venido a recoger su nuca mientras la otra, la izquierda, juega con su frente para mayor desconcierto de David, claro, que ahora ya no está para arrumacos de ningún tipo. Lástima que, por algún motivo, le cueste tanto moverse.

—¿Se puede saber de qué hostias va todo esto? —protesta—. Tan pronto como te ponga la mano encima te juro que te…

Pero tampoco esta vez llega a acabar David su amenaza.

Porque antes de que pueda hacerlo, la otra persona ha pasado de la delicadeza a la brusquedad y, con fuerza y determinación, ha empujado la cabeza de David Quiroga contra el borde pulido de la bañera.

Y ya está.

Todo se ha acabado. Así, de repente. De golpe.

Despacio, con suavidad, la otra persona había levantado el cuerpo lo bastante como para que la cabeza de David quedara sin apoyo, de manera que al empujarla con tanta fuerza hacia atrás incluso el mismo Quiroga sintiera el golpe. El sonido, hueco y sordo, de su cuello partiéndose a la altura de las cervicales.

Ese crac, la estupefacción en los ojos de David, el espasmo sacudiendo su espina dorsal.

El terror.

Y ya está.

Todo se ha acabado para David Quiroga.

2

Volver

Es sábado por la tarde. La plaza del Ayuntamiento de Sober es una extensión amplia, diáfana. Un par de sucursales bancarias, ahora cerradas. Una especie de pequeña alameda lateral, ahora desierta. Y, al fondo, la antigua Casa del Pueblo, ahora vacía. Y

poco más. Asfalto, superficie descubierta y un coche, detenido a primera hora de la tarde en una de las muchas plazas de aparcamiento libres.

En realidad, llegó hace un buen rato. Pero, como si algún ángel exterminador le impidiera salir del vehículo, su único ocupante permanece en el interior, aún con el motor en marcha y las manos sobre el volante.

Se trata de Mateo Romano, quien, aunque nada más sea para sí, desde que arribó no deja de repetirse la misma advertencia una y otra vez.

—Esto no es una buena idea.

Y no, claro, por supuesto que no lo es. Haber accedido a venir aquí, a regresar a este lugar, está a un millón de años luz de ser nada parecido a una buena idea. Porque Mateo, o, mejor dicho, el inspector Mateo Romano, es policía, y con el sueldo que le corresponde por ser jefe de la Brigada de Investigación Criminal de la comisaría de la Policía Nacional en Vigo ya viene de serie un millón de problemas, como para venir a buscar unos cuantos más de manera gratuita en su puñetero día libre. Incómodo, Mateo repiquetea los dedos sobre el volante de su coche sin dejar de observar el espacio a su alrededor.

—Estás a tiempo de largarte —se dice a sí mismo—. Estás a tiempo…

Pero no lo hace. Por fin, como el héroe de la tragedia griega que comprende que si está en el escenario es porque alguien lo ha puesto en la tesitura de enfrentarse a su destino, apaga el motor, abre la puerta y, todavía con desgana, baja del coche.

Fuera, a la vez que cierra la puerta, echa un vistazo a su alrededor. No, nada parece haber cambiado demasiado a pesar de los años. Ni siquiera el frío, este aire gélido de enero que te corta la piel para abrirse camino hacia tus huesos.

Mateo se sube el cuello de la parka, se frota las manos con fuerza y, de camino al bar en el que han quedado, se las vuelve a guardar en los bolsillos del abrigo. En el interior de uno de ellos juguetea con su teléfono móvil, el mismo en el que el día anterior recibió la llamada.

Esa llamada…

3

La llamada del día anterior

La incomodidad tomó el timón de la situación incluso antes de que contestara. Tan pronto como vio su nombre en la pantalla del teléfono.

—¿Sí? —respondió al fin, no sin bastante recelo.

—Mateo.

—Sí.

—Hola, soy…

—Lo sé. Tu número está guardado en mi agenda.

—Ah, vale. Era por si…

—No —se le adelantó Mateo—, no lo he borrado.

Por un segundo sintió la tentación de decir algo más. «No sé por qué no lo he hecho» o tal vez «Ganas no me faltan». Pero no lo hizo. En lugar de ello, optó por guardar silencio y esperar.

—Necesito hablar contigo —oyó al fin.

—Claro —respondió Mateo, sin hacer demasiado por ocultar su hastío—. Por qué otra razón si no habrías de llamar, ¿verdad?

—Mateo, por favor…

—Déjalo estar, da igual. Di, ¿qué quieres?

Silencio. Como si del otro lado alguien dudase.

—Por teléfono no.

Mateo arquea las cejas, sorprendido.

—Ah, ¿no? ¿Y qué es lo que quieres que haga, entonces?

—Que vengas.

Esta vez es Mateo el que calla.

—Perdón, ¿cómo has dicho?

—He dicho que quiero que vengas —repitió la voz, esa vez casi al instante—. Lo necesito…

—Que lo necesitas, dices.

—Sí.

—Ya, claro. ¿Y a dónde necesitas que vaya, si puede saberse?

—Tú ya lo sabes.

Esta vez es Mateo el que tarda en responder, como si no entendiera lo que está ocurriendo. O, mejor dicho, como si no quisiera entenderlo.

—¿Qué pasa, acaso te estás muriendo?

—Como todos, Mateo, todos nos estamos muriendo. Es lo que tiene la vida, que mata. Pero ahora lo que necesito es que vengas.

Mateo responde al instante.

—¿Qué ocurre? ¿A qué viene esta llamada ahora?

Como si desde el otro lado se pudiera percibir la duda, quienquiera que sea quien ha llamado vuelve a hablar:

—Escucha, sé que ha pasado mucho tiempo. Probablemente demasiado. Y también intuyo qué piensas de mí. Pero esto es importante. Por favor, te ruego que me creas. No te lo pediría de no ser así.

Todavía de pie, inmóvil en su despacho, el inspector Mateo Romano aparta la mirada en dirección a ninguna parte y maldice para sí.

—De acuerdo —murmura—. Mañana.

Y cuelga.

Y resopla.

Y masculla algo entre dientes.

Maldita sea la gracia que le hacen los griegos y sus historias, esa insistencia por parte del destino en encontrar siempre el número de teléfono del héroe. Por más que este se esfuerce por mantenerse fuera de cobertura.

4

El hombre al fondo del bar

Mateo atraviesa la plaza y luego de doblar la siguiente esquina entra en el primer bar que le sale al paso.

El Ribeira Sacra es uno de esos cafés de pueblo que lo mismo sirven para el menú del mediodía como para la ronda de cervezas al final de la jornada. Siempre ha sido así. Y por eso Mateo sabe que a estas horas aún se está preparando para las partidas de la sobremesa. Con todos los clientes ocupados en sus conversaciones de tapete verde, nadie repara en su llegada. O por lo menos nadie aparenta hacerlo. Excepto el tipo al fondo del bar.

Sentado a la última mesa, justo entre la barra y las puertas de los servicios, un hombre calienta sus manos sujetando entre ellas el pocillo de café humeante. Está solo, como siempre. Nunca de espaldas a la puerta. Mejor poder ver en todo momento quién sale y, sobre todo, quién entra. Como ahora. Por eso ha visto llegar a Mateo mucho antes incluso de que atravesase la puerta. Lo ha observado pasar andando por delante de las dos ventanas del local, y en dirección contraria antes, cuando ha cruzado con su coche hacia la plaza. Lo estaba esperando, y por eso ahora, tan pronto como Mateo ha entrado en el bar, se ha encontrado con sus ojos clavados en los suyos.

Y, por supuesto, el inspector Romano también lo ha reconocido al instante. A pesar de los muchos años que han transcurrido, el tipo sentado en la mesa del fondo sigue teniendo esa mirada oscura, amenazante. Negra.

La mirada de Romano el viejo.

La mirada de su padre.

5

Morir entonces, morir ayer

Mateo nunca ha tenido una buena relación con él. Jamás. Durante su infancia, la de su padre siempre fue una figura autoritaria. Tal vez todas lo sean en cierto modo, pero la de Saúl, el padre del inspector Romano, siempre lo fue en exceso. Daba igual lo mucho que el pequeño Mateo se esforzase, para su padre nada parecía nunca suficiente. Siempre fue una relación tensa, complicada. Severo y distante, a Mateo nunca dejó de darle la sensación de que su padre trataba a todo el mundo como si fuera de su propiedad, una especie de gran plantilla de empleados subalternos, comenzando por su propia familia: él y su madre. Y aunque las cosas nunca fueron bien, todo se arruinó de manera definitiva el día en que ella se suicidó.

O cuando sucedió lo que fuera que allí sucediera, en realidad.

Ocurrió cuando Mateo apenas llevaba un par de meses en Ávila, en la academia de la Policía Nacional. En aquella ocasión también fue una llamada de su padre la encargada de transmitirle la mala noticia. Solo que entonces la conversación había sido aún más fría, más aséptica. «Tu madre ha muerto. Tienes que venir». Y ya.

Por si tal frialdad no hubiera sido bastante, las cosas aún se complicaron más cuando Mateo llegó a Lobios, su aldea. En el entierro, una de las viejas amigas de su madre se le acercó y, entre sollozos, justo cuando lo abrazó para darle lo que él supuso que sería el pésame, pegó su boca al oído de Mateo y murmuró algo: «Tenía los pies en el suelo. Cuando vinieron a descolgarla, vi que sus pies tocaban el suelo».

Y nada más.

Al separarse, Mateo, atónito, buscó la mirada de la mujer, pero sus ojos apenas se encontraron durante una décima de segundo, tal vez incluso menos. Como si no hubiera dicho nada de mayor importancia, ella se limitó a despegarse de Mateo para, acto seguido, marcharse por donde había venido, pasando justo al lado de Saúl, su padre, que en ningún momento había dejado de observar el encuentro con el gesto serio y severo, casi inquisidor.

Durante algún tiempo Mateo intentó investigar qué había ocurrido. Incluso llegó a hablar con el médico forense que había participado en el levantamiento del cadáver para comprobar si era cierto aquello que le había murmurado la vecina. Pero este tampoco le aclaró demasiado. Más bien nada.

«Lo que importa es la determinación, hijo. Si tu madre había tomado la decisión de… marcharse, esos detalles no son relevantes. Saltó desde la silla hacia delante con tanta fuerza que da igual que sus pies tocasen el suelo o no, su cuello se rompió al primer impacto. Créeme, muchacho, lo he visto muchas veces en lugares como este. Cuando una persona ya no quiere vivir, esos pequeños errores de cálculo no importan. Un alma atormentada siempre acaba encontrando la salida».

Lo único que hacía aún más preocupante lo endeble de tal argumentación era aquel otro detalle: la buena relación que parecía haber entre el médico y su padre. Al igual que entre los guardias civiles y su padre. Y que entre el cura y su padre. Y que entre toda la aldea y su padre.

Cuantas más preguntas hacía Mateo, más parecían cerrarse las filas en torno a su progenitor. Como si de un modo u otro todos en el lugar se esforzasen en dejar claro que el viejo no había tenido nada que ver en la muerte de su mujer. Esto, por supuesto, no hizo sino provocar que en el pensamiento del futuro inspector no dejase de resonar con fuerza aquello de *excusatio non petita, accusatio manifesta*…

Hasta que esa fue la única verdad, tan incómoda e insoportable como indemostrable. Al final, Mateo acabó marchándose para siempre de aquel pueblo con la duda más que razonable de hasta dónde había sido su propio padre el responsable de la muerte de su madre. En aquel entonces él no se atrevió a preguntárselo, y su padre, que reconoció la incertidumbre en la mirada del hijo, optó por guardar aquella duda como una ofensa. Mateo se largó, Saúl se quedó, y nunca más volvieron a hablar. O por lo menos no más allá de lo estrictamente necesario.

Hasta ahora mismo, hasta este preciso instante.

—Pues tú dirás —da Mateo por todo saludo a la vez que aparta la silla vacía frente a su padre—. ¿Para qué me has hecho venir?

—Buenas tardes para ti también.

—Sí, buenísimas. Venga, déjate de historias, ¿qué es eso tan urgente que no me podías explicar por teléfono?

Impertérrito ante el apremio de su hijo, Saúl Romano da un trago largo a su café, todavía caliente.

—Ayer se mató un vecino de aquí al lado.

—¿Se mató? —repite Mateo—. ¿Quieres decir que se suicidó?

—No. Quiero decir que se mató. Fue un accidente.

—No es lo mismo.

—No, no lo es. Fue aquí cerca —responde a la vez que vuelve a dejar la taza sobre su platillo, aún sin devolverle la mirada a Mateo—, en O Noguedo.

—Sí, me suena. Antes de… de Lobios.

—Sí. Se llamaba David Quiroga, y era el hijo de un buen amigo. De hecho, de aquí me voy para el velatorio. Es ahí enfrente.

—Vaya, lo siento. Quiroga, has dicho. ¿Tenía algo que ver con…?

—Sí. Era el hijo de don Víctor, el dueño de las bodegas.

—Ya, claro. ¿Y cómo se mató?

Saúl se limita a remover los restos del café en el pocillo.

—Se partió la crisma —apunta casi en un murmullo—. Dicen que resbaló al salir de la bañera.

—Joder.

Mateo aparta la mirada, incómodo.

—Pues ya te digo que lo siento mucho —lamenta—. Pero no veo qué tiene que ver eso conmigo si ha sido un…

—La semana pasada se mató otra persona —se le adelanta el viejo—. Álvaro Maseda, alguien a quien yo tenía en muy buena estima.

—Ya. Y este también la palmó como el otro, ¿no?

Saúl endurece su mirada.

—Álvaro era un buen amigo —le responde, molesto por la manera en que Mateo se ha referido a la muerte de Maseda—. Y eso dijeron, sí. Que también había sido un accidente, esta vez en el pazo de Santiorxo.

—¿El pazo? —Mateo arruga el entrecejo—. No recuerdo que hubiera ningún pazo en Santiorxo.

—Porque no lo hay. Es como se ha llamado siempre a la casona de la aldea, la que está junto a la iglesia. Maseda la compró hace unos cuantos años y la estaba rehabilitando poco a poco, junto con los terrenos, que siempre han sido lo más valioso del pazo. De hecho, fue allí donde murió.

—¿Cómo ocurrió?

Saúl Romano vuelve a clavar los ojos en los de Mateo.

—Por lo visto, Álvaro se cayó de una escalera mientras trabajaba en los castaños del pazo, junto a las viñas.

Y Mateo comprende.

—Caramba, cuántas caídas.

—Eso mismo pensé yo.

El inspector vuelve a apartar la mirada, incómodo. Y, aunque a desgana, comienza a asentir en silencio.

—Ya —murmura aún sin dejar de afirmar—, comprendo… Y me imagino que nadie ha propuesto ninguna otra hipótesis, ¿me equivoco?

—De ser así no te habría pedido que vinieras.

Mateo se muerde el labio, más incómodo a cada instante. Este no es su territorio, esta no es su gente… Este no es su lugar.

—Eran buenas personas —le remarca su padre con gesto grave y apremiante—, ambos se merecían que alguien se tomase sus fallecimientos con un poco más de interés. Y, la verdad, creo que ese alguien deberías ser tú.

Mateo levanta una ceja.

—¿Ah, sí? ¿Y eso por qué, si puede saberse?

Pero en vez de responder al momento a la pregunta de su hijo, Saúl Romano se limita a mantener los ojos grises de lobo viejo clavados en los de Mateo.

—Todos tenemos alguna deuda pendiente con el valle.

Y por un instante los dos hombres vuelven a permanecer en silencio, ahora observándose el uno al otro.

Saúl se limita a esperar, ver el efecto que provocan sus palabras en su hijo.

Y Mateo se limita a escudriñar la mirada de su padre. ¿A qué ha venido eso de que todos tenemos deudas con el valle? ¿Qué sabe él de sus deudas?

No, Mateo no está cómodo. No le gusta el asunto, y aún menos la compañía. Ya está, ha respondido a la llamada. Ha venido y, de hecho, ha tenido bastante para refrescar la memoria del rechazo que siente por su padre. Si por él fuera se largaría ahora mismo. Lo dejaría allí con un palmo de narices, se metería en el coche y regresaría a Vigo sin decir ni adiós. Pero al fin y al cabo…

—Joder —murmura a la vez que niega despacio—. Joder…

Al fin y al cabo, Mateo es policía. Y al parecer han muerto dos personas.

O se han matado.

Tiempo atrás. Verano de 1950

La sed que no cesa

Aquí la vida es dura, y la tierra no da nada si se le pide por favor. No, si alguien quiere algo de este lugar, de sobra sabe que lo que tiene que hacer es tomarlo por las bravas. Enfrentarse al cañón como si este fuera el mismísimo diablo —si acaso no lo es, en realidad— y, con su cuello aferrado entre las manos, pelearlo con los dientes y el alma apretados, acatando la certeza de que unas veces ganarán los hombres y las mujeres y, otras, el cañón. La tierra dura, el agua helada. La montaña, tan asombrosamente vertical. El río, frío y profundo. Despiadado. No, aquí no hay clemencia para los débiles, porque aquí la vida es dura.

En la aldea de Lobios, como en la de Sampil o en la de Pinol, en Santiorxo, Cadeiras o Santa Marta, y en todos los lugares que quedan en la margen norte del río, desde el comienzo del cañón hasta su encuentro con el Cabe, el afluente cuya garganta nada tiene que envidiar a la del Sil, ni en profundidad ni tampoco en exigencia, la vida es dura.

En esta parte del mundo hombres y mujeres se dejan la piel arrancándole a la tierra la escasa vida que esta tenga a bien concederles. De sol a sol, abren los campos con sus manos, las mismas que hunden en las aguas heladas por un invierno frío y feroz como pocos conocen. Jornadas de oscuridad, con la luz justa para llegar a Monforte o a Castro Caldelas los días de feria y, con algo de suerte, vender la fruta, la verdura, los *carranchos*, que es como llaman a los cerdos, el poco ganado que hay…

Pero si el invierno es duro, las cosas empeoran aún más en verano. De pronto, ese frío que muerde en los huesos se convierte en un calor asfixiante que hace que las jornadas de trabajo en los bancales se vuelvan interminables. Horas sin fin cavando las viñas, bajando las terrazas de vid, en algunos casos a más de trescientos metros de profundidad, con el río ya lamiendo los cultivos. Es en septiembre cuando llega lo más duro con la vendimia. Lomos reventados de burros y personas, cargados unos y otros como bestias con las cestas desbordadas de racimos. Algún día llamarán a esto viticultura heroica. Algún día… Por el momento, los hombres y las mujeres del cañón no saben de mayores heroicidades que la necesidad de aplacar el hambre. Y la sed.

Porque, también algún día, este que ahora se le exprime al cañón, el de Amandi, será un vino famoso que gozará de un gran prestigio. Pero hoy todavía no es el caso. No, aún no. Ahora, lejos de ser siquiera un buen caldo, el de Amandi llega a ser un vino de mesa decente, lo bastante digno en el mejor de los casos para que los hombres del cañón puedan venderlo a unos cuantos bares del valle, de Doade a Monforte, de Os Peares a, con suerte, la mismísima ciudad de Ourense. Pero no mucho más.

En la mayoría de los casos, elaborado todavía sin demasiado control ni mimo, este vino es poco más que el líquido con el que intentar ahogar un ansia que no cesa jamás. La sed que deja la rabia, la frustración, una vida sin más futuro ni esperanza que la de sobrevivir al siguiente día, al siguiente desafío, al siguiente golpe. Del invierno, del frío, de la montaña. Del cañón.

Y entretanto, mientras los hombres se envenenan poco a poco el cuerpo y también el alma, las mujeres se arropan y se guardan entre ellas para seguir sacando sus casas y a sus cachorros adelante. Discretas, silenciosas, se reúnen en los lavaderos del río, en las *palleiras* de las casas, alrededor del fuego, en los cruces de los caminos. Y en las iglesias. Es justo ahí, en el templo, donde se recuentan.

El culto constituye un mandato, y su asistencia no es una opción, de manera que es ahí donde se hablan con el mayor de los detalles. En silencio, sin apenas palabras. La mayoría de las veces basta con una mirada. Otras, incluso con un gesto. Todas,

jóvenes y mayores, tienen que asistir a misa. Siempre. De manera que la falta de una ya es la primera señal de advertencia para las demás. Algo serio, grave, debe de haber sucedido para que una mujer no asista al culto.

Y luego está la cuestión del velo, claro. Su uso es absolutamente imprescindible, obligatorio incluso, desde que Saulo de Tarso les hizo saber a los corintios que todas las mujeres debían entrar en la iglesia tocadas con un velo. Blanco para las más jóvenes, negro para las demás. Y tan solo hay tres opciones posibles: el pequeño, una tela de encaje redondo que apenas cubre la cabeza; el grande, que baja tapando las orejas hasta descansar sobre los hombros, y el de las viudas, el más grande de los tres, el que también tapa una parte de la frente. Y, a veces, incluso los ojos.

De modo que la ausencia de una mujer en la iglesia es algo que no pasa inadvertido para las demás. Pero si cuando esta regresa lo hace esforzándose por ocultar el rostro con alguno de esos velos de mayor tamaño, entonces todas comprenden lo que está sucediendo. Porque ¿acaso ha existido nunca otro motivo por el que una mujer esconda su rostro de las miradas de otras? No, cuando una mujer oculta su cara, sus marcas, son los puños de su marido a los que está alumbrando. Y esa es una señal que toda mujer sabe identificar. Sobre todo, cinco mujeres en particular.

Las hijas de Mamá Dolores.

Cinco mujeres sabias con acceso a ciertos conocimientos. Cinco mujeres para las que ese velo no solo es una señal de alarma, sino también una advertencia. La de que, tal vez, tengan que intervenir.

6

Aquí no hay nada para ti

Aún sin demasiada convicción, Mateo regresa al exterior e, incómodo, resopla a la vez que vuelve a hundir sus puños en los bolsillos de su parka.

—Esto no es una buena idea —repite para sí mientras observa cómo el aire caliente que sale de sus pulmones se convierte en vaho—. De hecho, es una idea de mierda, Mateo…

Cruza la calle y avanza con determinación hacia la parte alta del pueblo. Al fin y al cabo, está a punto de meter las narices en los culos de perros que quedan muy lejos de su jurisdicción. Qué menos que, como mínimo, pasar antes por la perrera municipal. Vamos, que sea lo que sea lo que haya sucedido, este es territorio de la Guardia Civil, de modo que Mateo opta por comenzar su periplo por el cuartel de Sober. Aunque nada más sea por presentarse.

En realidad, se trata de un puesto auxiliar, pero eso ahora no es relevante. No por ello les va a parecer menos mal si se enteran de que un inspector de la Policía Nacional de Vigo está haciendo preguntas relacionadas con dos casos de su competencia. Claro, mejor comenzar por una visita de cortesía. No queremos incomodar a nadie… Esto es lo que Mateo lleva en el pensamiento mientras avanza ya hacia la entrada del puesto. Concentrado, apenas repara en el agente uniformado que sale al mismo tiempo que él entra. Pero el guardia civil sí se lo queda mirando, como si su cara le sonara de algo.

—¿Romano?

Sorprendido, Mateo se vuelve.

—Mateo Romano, eres tú, ¿no?

Se trata de un sargento, tal como puede identificar por los distintivos que luce en las mangas de su guerrera.

—Sí —responde—, soy yo. Pero…

El desconcierto en su expresión denota que Mateo no reconoce al guardia civil.

—No te acuerdas de mí, ¿eh?

La evidencia lo coge desprevenido.

—Pues me vas a tener que disculpar, pero, la verdad…

—Saldaña —se le adelanta el sargento—. Javier Saldaña.

—Ah, claro —responde Mateo, aún sin demasiada convicción—. Saldaña —repite, a la vez que hace todo lo posible por ubicar algún recuerdo que responda a tal entrada en los registros de su memoria.

—Coincidimos en el colegio. Cuando aún vivías aquí.

Y entonces sí, Mateo recuerda, aunque de manera vaga.

—Sí, sí —asiente—, ahora sí. Javier, claro. Perdona, ha pasado mucho tiempo.

—Demasiado —admite el guardia civil—. ¿Y cómo es que andas por aquí? No me digas que estás pensando en volver al terruño.

—No, no. Tan solo he venido por mi padre.

—Hombre, el señor Romano. ¿Qué ocurre, acaso tiene algún problema? Si está en nuestra mano ayudar en lo que sea, ya sabe que no tiene más que…

—No —rechaza Mateo con ligereza, como queriendo quitarle hierro al asunto—, en realidad estoy seguro de que no es nada.

Javier ladea un poco la cabeza en un ademán escéptico.

—¿Una nada que te trae al puesto de la Guardia Civil?

—A ver, es por lo de estos dos fallecimientos que al parecer habéis tenido en los últimos días.

Esta vez Saldaña frunce el ceño, tal vez más receloso que dubitativo.

—¿Fallecimientos?

—Sí. Alguien que se golpeó la cabeza en el cuarto de baño hace un par de días. Y creo que otra persona más, una caída en el campo hace una semana.

—Ah, ya —asiente el sargento, aún con gesto serio—. Te refieres a Quiroga y a Maseda.

—Quiroga, sí —confirma Mateo—. David, ¿verdad?

—Sí —Saldaña aflige visiblemente el gesto—, David Quiroga y Álvaro Maseda. ¿Qué ocurre con ellos?

Mateo coge aire.

—A ver, me imagino que nada, pero mi padre está preocupado. Al parecer ambos eran amigos suyos. O personas cercanas, no lo sé. El caso es que le ha impactado. Dos personas conocidas, muertas en tan poco tiempo… Yo qué sé.

Saldaña asiente en silencio, como si, ahora sí, comprendiera el motivo de la preocupación.

—Ya entiendo, claro… Pero ahí no hay nada, eh.

—¿Tú crees?

—Nada —reafirma el guardia civil—. A ver, yo no te puedo decir mucho, al fin y al cabo se trata de expedientes recientes. Pero, vamos, ya te digo que ahí no hay nada, Romano. Accidentes de manual. Muy desafortunados, es verdad, pero sin más.

—Ya, comprendo. ¿Os lo han corroborado las autopsias?

Esta vez, Saldaña extraña su mirada.

—¿Autopsias? Por supuesto que no. —El guardia civil responde a la vez que niega con la cabeza, como si tal posibilidad le pareciese absurda—. A ver, te lo estoy diciendo, se trata de accidentes. Uno resbaló y se cayó de la escalera mientras trabajaba en unos castaños de su finca. Y David… Bueno, este se mató al salir de la bañera. Ya te digo, accidentes. De libro.

El sargento Saldaña encoge los hombros, como si todo fuese tan obvio que hiciera descabelladas más explicaciones. Y Mateo asiente al reparar en lo evidente.

—No hay motivo —zanja el sargento.

—No hay motivo —repite el inspector.

Y Mateo resopla con desgana, maldiciendo para sí a su padre.

—Bueno, pues si no os importa me acercaré hasta la casa del último, de David. Más que nada por tranquilizar al viejo, ya sabes.

Javier Saldaña vuelve a encoger los hombros, como si acabara de rendir cualquier reticencia por su parte.

—Como consideres. Pero ve con tiento, por favor. Su familia…

—Sí, sí, lo sé —se adelanta el inspector—. Sé quiénes son.

—Gente tan querida como respetada en todo el valle.

—Claro, no te preocupes.

—Pero ya te digo que pierdes el tiempo —insiste Saldaña a la vez que vuelve a alejarse de Mateo—. Fue un accidente. Aquí no hay nada para ti.

7

Carreteras de invierno

La carretera de toda la vida, la LU-P-5903… A medida que su coche avanza sobre un asfalto tan viejo como el camino mismo, Mateo identifica cada curva, cada desvío. Cada lugar. De hecho, siente que recuerda el trayecto con tanto detalle como incomodidad. ¿Cuántos años hace que no recorre esta carretera? Muchísimos, desde

luego. Pero, también «desde luego», no los bastantes como para haberla olvidado. Cada aldea.

Cada mala memoria.

La carretera discurre hacia el este en paralelo al río, si bien este permanece invisible en todo momento, oculto al fondo del cañón. Como un secreto del que no se habla, o tal vez como una amenaza que todos prefieren no mencionar. Hoy, toda la llamada Ribeira Sacra se ha convertido en uno de los principales destinos turísticos de Europa, y el corazón del río Sil es la joya de la corona. En primavera y verano la zona se llena de todo tipo de visitantes, atraídos, bien por la belleza del paisaje, bien por la fama de sus vinos. La vida se cuenta en publicaciones de Instagram, donde las catas en las bodegas más prestigiosas se pelean con las selfis más glamurosas en puestas de sol increíbles, asomados todos a los diferentes miradores sobre el río, a cada cual más espectacular. Pero Mateo sabe que aquí las cosas no siempre fueron así.

No, Mateo aún se acuerda de cuando este era un lugar feroz, agresivo. Menos amable. Para él, claro. Y todos y cada uno de esos recuerdos parecen contemplarlo a su paso por cada curva. Lo observan en silencio pasar. Como si, en apenas un hilo de voz, todos y cada uno de esos malos recuerdos murmurasen a su paso: «Pensábamos que nunca volveríamos a verte por aquí».

La casa de David Quiroga está un poco más allá de O Noguedo, otra más de las pequeñas aldeas que salpican toda la margen norte del cañón. Tan pronto como le han abierto el enorme portal de forja, Mateo se ha visto en el interior de un jardín de parra y flores que rodea la construcción principal, una casa de piedra de dos alturas, antigua y reformada.

Por fin fuera del vehículo, un viejo Lada Niva tan destartalado como sucio, un vistazo rápido a su alrededor basta para comprender que la vista desde la parte meridional de la casa debe de ser impresionante. No en vano, aquí es donde el cauce del río entra en los cañones, inmensas paredes de piedra levantadas a más de trescientos metros sobre el nivel del agua.

—¿En qué puedo ayudarle?

Una mujer sudamericana, probablemente brasileña a juzgar por su acento, sale a recibirlo.

—Soy el inspector Mateo Romano, de la Policía Nacional. Estoy aquí por la muerte del señor Quiroga.

Impertérrita, la mujer, una mulata menuda y delgada, de unos treinta años y guapa, se limita a asentir con la cabeza.

—Por supuesto —responde—. Pase, la señora está dentro.

Mateo sigue por el interior de la vivienda a la que ahora sabe que es la empleada de la casa, hasta que la mujer le hace un gesto para que se detenga junto a una puerta cerrada. Es la chica mulata la que entra, y desde el pasillo Mateo escucha la conversación.

—¿Quién es, Denise?

—Un inspector de la Policía Nacional, señora. Dice que ha venido por el fallecimiento del señor David.

—Por favor, acabo de llegar del puñetero tanatorio, ¿es que no me van a dar un respiro? Estoy agotada, por el amor de Dios…

—¿Quiere que le diga que regrese en otro momento?

Silencio.

—No, da igual. Acabemos con esto de una vez. Dile que pase.

Por fin dentro, la estancia resulta ser un amplio salón. Sofás de piel, muebles de diseño, lámparas por todas partes, una gran mesa de comedor para no menos de veinte comensales y, al otro lado, unos enormes ventanales. En efecto, la vista sobre el río resulta impresionante, tanto como para hacer que en la reforma toda esa pared de piedra se sustituyese por una de cristal.

Inmóvil en el centro de la estancia, una mujer permanece en pie, expectante. De apenas cuarenta años, si es que los tiene, alta, esbelta y elegante. Muy elegante. Viste un mono blanco que acentúa todavía más las líneas de su cuerpo. Un collar de perlas enmarca el nacimiento de su cuello, y el pelo, castaño y recogido de manera casi informal tras la cabeza, estiliza todavía más los rasgos de su rostro. La primera mujer era guapa, pero esta es, definitivamente, distinguida. Y muy atractiva.

—Le ruego que me disculpe, pero lo cierto es que no esperaba su visita, señor…

—Romano —responde Mateo a la vez que avanza hacia ella con la mano tendida—. Inspector Mateo Romano.

—Inspector —repite ella, aunque en realidad no sea más que para señalar su sorpresa mientras le aprieta la mano.

Por un instante, a Mateo le da la sensación de que la mujer no comprende su presencia aquí. Como si le resultara extraño ver a un policía en el escenario de un fallecimiento.

—Soy Sandra Molina, la esposa…

Se detiene a la vez que aparta ligeramente la mirada, y Mateo comprende que está reconsiderando su manera de presentarse.

—La esposa de David —escoge, desechando la etiqueta de «viuda»—. ¿Acaso hay algún problema? Nadie me dijo que vendrían más policías. Ayer la Guardia Civil ya se encargó de…

—No, no. Ningún problema —se le adelanta Mateo—. Tan solo estoy haciendo unas preguntas de rigor —miente—. Cuestión de procedimiento.

—Ah —contesta Sandra, sin demasiada convicción por su parte—, comprendo. Pues no sé, usted dirá.

—Antes de nada, permítame que le dé el pésame, señora Molina. Entiendo que ha tenido que ser un golpe durísimo para la familia.

—Sí, sí, desde luego. —Asiente—. Sobre todo, para Jimena.

—¿Jimena?

—Nuestra hija. Aún es demasiado pequeña para comprender por qué papá ya no… ya no estará más.

—¿Cuántos años tiene?

—Cinco.

Mateo frunce los labios.

—Lo es, sí… Entiendo que se ha tratado de algo totalmente inesperado.

Sandra extraña la expresión.

—¿Acaso no lo son siempre? Por definición, un accidente suele ser algo inesperado.

—Por supuesto. Me refería a si el señor Quiroga padecía algún problema de salud previo. Algo que pudiera provocarle tal vez un desvanecimiento o alguna circunstancia por el estilo.

—No, no. A ver, no es que David se cuidase como un atleta precisamente. Pero no, no tenía ningún problema de salud. Vamos —considera—, que yo supiese, claro.

A Mateo no le pasa inadvertido ese matiz final. «Que yo supiese». Curioso.

—¿Estaba usted en casa cuando sucedió?

—No. Me encontraba en un viaje de negocios. Y la niña estaba con los abuelos. David se hallaba… solo.

—Comprendo. Dice que estaba usted en un viaje de negocios.

—Sí, en Milán. Llevamos un tiempo trabajando en una nueva campaña para la internacionalización de la marca, y no llegué hasta el día siguiente. O sea, ayer por la mañana. Por Dios, qué horror. Menos mal que aún no habían traído a Jimena de vuelta.

—¿Fue usted quien descubrió el cuerpo? ¿O tal vez el servicio?

—No. Como ya le expliqué a sus compañeros de la Guardia Civil, David prefiere que…

Se detiene.

—Prefería —se corrige— que no hubiera nadie en casa cuando se quedaba solo, él sabría por qué.

No, Mateo está seguro de que este no era el matrimonio mejor avenido del mundo.

—Ya, entiendo. Y, dígame, ¿podría describirme cómo se lo encontró?

La mujer vuelve a mostrar su extrañeza, esta vez dejando entrever una incomodidad más que evidente.

—Perdone, pero es que no entiendo a qué vienen estas preguntas. Todo esto ya se lo conté ayer a los agentes de la Guardia Civil. ¿Qué pasa, que no hablan entre ustedes? ¿O es que ha aparecido algún otro problema del que no me han informado?

—No, no —vuelve a apresurarse Mateo en la respuesta, intentando no perder la comunicación con la esposa de Quiroga—. Tan solo se trata de meros formalismos. Sé que son incómodos, más en circunstancias como esta. Pero tenemos que hacerlos —vuelve a mentir—. De verdad, le ruego que nos disculpe.

—Ya… Pues como ya les conté a sus compañeros —insiste, reticente a dejar de señalar lo mucho que esta situación la incomoda—, Serafín, el chófer, me trajo desde

el aeropuerto, así que no debían de ser más de las dos de la tarde cuando llegamos. Al entrar en la finca vi que el coche de David estaba en el garaje. Y sí, me extrañó que no estuviera en las bodegas, sobre todo siendo viernes. Por eso saludé al entrar en la casa. Pero no me respondió nadie, claro. La verdad es que tampoco le di más importancia. Subí a dejar la maleta y, al pasar por delante del baño, pues…

Sandra vuelve a detenerse, esta vez al recordar la escena.

—Me encontré el cadáver de David arriba, en el baño principal, el grande. Lo cual…

Sandra vuelve a detenerse. La pausa no llega siquiera a un segundo, pero a Mateo le da tiempo a captar algo en ella. No es siquiera una mueca, tan solo apenas una microexpresión. Pero ahí está: la extrañeza, tal vez incluso el desconcierto.

—Bueno, ya lo he contado. David estaba dentro de la bañera. Al parecer resbaló cuando iba a salir y se cayó de espaldas. Por lo que me dijeron, se desnucó al instante, así que por lo menos no sufrió.

—Ya, comprendo… Perdone, una pregunta: me dice usted que ayer estaba en Milán.

—Sí, así es. En una reunión de trabajo.

—Por favor, perdone mi ignorancia, pero ¿le importa decirme en qué trabaja usted?

La mujer vuelve a torcer el gesto. Es de nuevo una mueca apenas perceptible, pero Mateo también la reconoce. Parece como si a Sandra le molestara tener que explicar algún tipo de evidencia.

—Soy directora de comunicación y relaciones públicas de Abadía de Quiroga.

—¿La bodega?

Sandra Molina se limita a arquear las cejas, como si la respuesta fuese de lo más evidente.

—No creerá usted que las congregaciones religiosas tienen directores de comunicación, inspector…

Mateo hace ver que no ha escuchado la pulla.

—O sea, que usted también trabaja para los Quiroga.

—Para los Quiroga no, inspector, sino para las bodegas.

—Claro, comprendo.

—Pues entonces también comprenderá la magnitud del golpe que esto supone para todos nosotros.

—Claro, claro.

Y, de nuevo en silencio, Mateo vuelve a dudar por un instante. La verdad, no sabría decir a quién se refiere la viuda de Quiroga con ese «nosotros». Si a la familia o, tal vez más probablemente, a la empresa.

—Con el debido respeto, inspector, no se imagina usted lo mucho que nos ha costado llegar hasta aquí. Ser alguien diferente…

Tiempo atrás. Otoño de 1955

Alguien diferente

Mal que bien, todos en la comarca sobreviven de la misma forma: como pueden. La tierra, el trabajo, la vida, todo aquí es duro. Veranos de fuego e inviernos de hielo. Y siempre esa bruma densa y pesada que, como un fantasma, sube desde el río para envolverlo todo cada atardecer. Esta niebla, como un manto que todo lo cubre para que nada de lo que ocurre en su interior se sepa, convierte cualquier cosa en un secreto. Y para buena parte de los hombres del cañón solo hay una manera de sobrellevar esta suerte de ceguera y de invisibilidad constante: fabricando la forma de aplacar todas sus sedes.

En el cañón, como en el valle, los hombres elaboran sus propias cosechas de vino. No, aún no se trata de hacerlo exquisito. Con que aplaque la rabia de todos los demonios que viven en la niebla es suficiente. Que ahogue sus voces, las de la soledad, las de la desesperanza. Aunque encienda otras…

Todos los hombres preparan sus caldos. Y, por supuesto, con lo que sobra elaboran sus aguardientes. Lo que sea con tal de conseguir un poco más de calor. Para los cuerpos. Para el alma.

En el valle, como en el cañón, todos los hombres cuecen sus conjuros. Para ellos, para sí mismos. Todos excepto uno.

En el cañón, en donde la tierra se llama Lobios, hay un hombre capaz de ver más allá, de intuir las formas al otro lado de la niebla, de identificar la luz que nos guiará a todos para salir de este pozo oscuro y profundo.

Como todos los demás, Rogelio también elabora vino y aguardiente. Pero, a diferencia de estos, además de sed, también tiene hambre. De crecer, de medrar, de ir más allá del cañón y del valle. De la miseria. Y también tiene una idea.

Porque Rogelio es un tipo avispado, con visión de algo que, tal vez, podría parecerse al futuro. Y qué remedio, si a la fuerza ahorcan. A sus treinta años, Rogelio ya se ha casado, y también tiene un par de criaturas bajo su responsabilidad. Una niña, Carmen, y un niño, Víctor. Y, además de todas estas circunstancias, tiene las cuentas echadas: una suma que no da. No, si Rogelio no hace algo con su vida, en el total no aparece más que la miseria que ya conoce. La misma con la que cargan todos y cada uno de los vecinos del cañón sobre espaldas deslomadas por la pendiente sin fin de la garganta colosal, cargando y carreteando las uvas de otros que viven lejos para elaborar los vinos de otros de aún más lejos. No, eso no es futuro. Pero ¿y si…?

Sí, Rogelio tiene una idea, en la que cabe algo más grande que la suma de todas las partes. Porque… ¿qué pasaría si lograse convencer a los demás vecinos del cañón, en su mayoría hombres tan miserables como ignorantes, para, unidos, comercializar ese mismo producto que elaboran con el fin de distribuirlo a una escala mayor? Es cierto que algunos de ellos ya les venden unos cuantos barriles a ciertos bares del valle, sobre todo alrededor de Monforte. Pero ¿por qué quedarse ahí? Si todos se unen, tal vez como socios de una cooperativa o, si no quieren, si no se atreven, permitiéndole a él distribuir sus productos, no solo tendrán más cantidad, sino también más opciones. Y entonces ¿por qué no llegar también a Ourense? ¿O a Lugo?

¿O a toda Galicia?

Sí, Rogelio sabe que, si se mueve de la manera correcta, podría haber una oportunidad para todos.

O, como mínimo, para él.

Es conocedor de que, tanta como hambre, también tiene labia. De hecho, ya ha empezado a entonar esta canción en los oídos de algunos vecinos, hombres que, en la mayoría de los casos, han comenzado a dudar.

¿Y si el muchacho este, el Rogelio, tuviera razón?

Y así, a la sed habitual, Rogelio ha venido a sumar algo nuevo. O tal vez sea más a contagiar a los vecinos una sensación tan nueva como inquietante, una codicia que nadie había experimentado hasta ahora en el cañón.

Rogelio observa con satisfacción cómo su pequeña siembra comienza a dar frutos. Pero, por curioso que parezca, satisfecho como está, no se ha dado cuenta de otro pequeño detalle: al mismo tiempo que él contempla a sus vecinos, alguien ha empezado a observarlo a él. Se trata de Senda, la mayor de las cinco hijas de Mamá Dolores, a quien también le ha llamado la atención la maniobra de Rogelio. Ella ha sido la primera en percibir esta nueva codicia por parte de todos los actores y en experimentar el recelo.

Desde la distancia, Senda niega en silencio. No, mejor será no dejar de observar con atención lo que sea que pretenda hacer este muchacho, el tal Rogelio Quiroga.

8

Un detalle

Sin duda no, a Mateo no deja de llamarle la atención la forma en que Sandra Molina le habla de lo sucedido. No solo es el relato, el qué, sino también la forma, que es siempre lo más importante de este, el cómo. Resulta evidente que Sandra está incómoda con la situación, pero no se debe al dolor por la pérdida de su marido, sino a otra cosa.

Puede ser que el matrimonio atravesara problemas. O, más probablemente, que ya estuviera roto, a juzgar por esa ausencia de pesar que la viuda de Quiroga no oculta. Pero aquí parece haber algo más. Algo…

Algo que a Mateo, como casi con toda seguridad también a la Guardia Civil antes que a él, se le ha pasado por alto. Hace memoria de todo lo que Sandra le ha dicho. Y entonces, ahora sí, cae en la cuenta. Ese pequeño detalle.

—Perdone, pero si me lo permite me gustaría preguntarle algo más antes de dejarla tranquila.

—Usted dirá.

—Hace un rato, cuando me estaba contando cómo descubrió el cuerpo de su marido…

—Sí.

—Dice que se lo encontró en uno de los baños de arriba.

—Sí, en el grande.

—Eso es. Corríjame si me equivoco, pero cuando me lo estaba contando me dio la sensación de que hay algo que a usted también le llamó la atención, ¿no es así? De hecho, juraría que hizo una pausa al recordarlo.

Sandra comprende y, justo a continuación, aprieta los labios en una mueca dubitativa. Sea lo que sea, parece evidente que contarlo no es algo que le resulte agradable.

—¿Qué ocurre, señora Molina?

La duda deja paso a un gesto a la vez desganado y cansado en la expresión de la mujer. Y en la mirada que le dedica en ese momento, Mateo comprende que Sandra Molina está evaluando cuánta confianza le sugiere el inspector Romano.

—Mire, a mí extrañarme ya no me extraña nada. De David cabía esperar cualquier cosa. Pero lo del baño…

De nuevo el silencio. Es evidente que se trata de algo incómodo.

—De acuerdo —resuelve al fin—, acompáñeme.

Sandra Molina sale del salón y Mateo la sigue por el interior de la casa hasta unas escaleras que llevan al piso superior. Por fin arriba, toma el pasillo hacia la derecha y se detiene ante la primera puerta a su izquierda. La abre, enciende la luz, y entonces se descubre el escenario.

Están en un cuarto de baño. La estancia es grande, amplia. Pero eso no es lo más llamativo: si las vistas desde el salón de la planta baja eran impresionantes, las del cuarto de baño no se quedan atrás. Toda la pared del fondo, la exterior, que Mateo identifica como una prolongación de la que viene desde abajo, es de cristal, y solo se interpone entre ellos y una espectacular vista del río, que en este momento ya está vestido con los colores del atardecer, una fabulosa bañera, casi más una pequeña piscina que otra cosa, asomada a las vistas del cañón.

—¿Fue aquí donde lo encontró?

—Sí. Y eso es lo extraño. O, mejor dicho, el problema.

—¿Por qué?

—Porque David nunca utilizaba este baño —responde Sandra—. Nunca.

—Ah, ¿no?

—No. Él era más de ducharse cada mañana, y para eso utilizaba el aseo del dormitorio.

—Entonces, este baño…

—Este era mi aseo, inspector. Fue a mí a quien se le ocurrió diseñarlo de esta manera, con la gran bañera sobre el mirador. Y, como ya le he dicho, ahí es donde está el problema.

—¿Por?

A Sandra se le escapa una especie de sonrisa, tan breve como resignada.

—Al principio, cuando construimos esta casa, pensé que sería un buen lugar para relajarnos juntos. Pero…

Se detiene. Y Mateo identifica la duda. Claro, eso era…

—Escuche, puede confiar en mí. Ignoro cuál era su problema en particular, pero si algo le puedo asegurar es que sé de qué va eso de sentirse solo.

Sandra le mantiene la mirada. Y, por un segundo, le parece identificar algo conocido en los ojos de Mateo, similar a un vacío, a una ausencia. Y, esta vez sí, deja correr una sonrisa desganada, cargada incluso de un hastío que al inspector le da la sensación de ser tan viejo como profundo.

—Bueno, mire, estoy muy cansada para seguir interpretando el papel de viudita afligida. No sé cuál será su historia, inspector, pero en nuestro caso le puedo asegurar que lo de ser felices y comer perdices se acabó pronto. Si le soy sincera, no recuerdo haber compartido esa bañera con David ni una sola vez en los últimos cinco o quizá seis años.

—Ya, entiendo.

—Y, sin embargo, ahora…

Se hace un nuevo silencio.

—Cuando llegué, todo esto estaba lleno de velas apagadas, derretidas. Como si…

Sandra vuelve a quedarse callada, y es Mateo el que decide ahorrarle el mal trago acabando la frase por ella.

—Como si no estuviera solo.

Ella asiente a la vez que Mateo comprende.

—Por eso quitó usted las velas, ¿no es así?

Sandra Molina encoge los hombros a la vez que cruza los brazos sobre su pecho.

—¿Y qué otra cosa habría hecho usted? El valle no es tan grande, inspector, aquí todo se sabe. Y ya son muchas las veces que David me ha humillado en vida como para permitir que también lo haga una vez muerto.

—Lo entiendo, señora Molina. Lo entiendo.

De regreso abajo, a punto de marcharse, a Mateo se le ocurre otra incógnita, ahora ya tal vez más evidente si cabe.

—Perdone que le haga una última pregunta.

—Dígame.

—El hombre que falleció la semana pasada.

—Álvaro Maseda —apunta Sandra.

—El mismo. ¿Lo conocía?

—Como ya le he dicho, señor Romano, el valle no es tan grande. Aquí nos conocemos todos.

—¿Había algún tipo de relación estrecha entre ustedes?

—No. Ahora ya hace tiempo que no tratamos con él. Pero al principio, cuando yo conocí a David, Maseda trabajaba para ellos. ¿Lo ve, inspector? Él sí que trabajaba en la bodega.

Sandra esboza una sonrisa fatigada, ya sin rastro de agresividad o defensa en ella.

—Claro. ¿Y sabe usted cuál era su función?

La mujer aprieta los labios.

—Eso ya no se lo puedo decir. Como le he explicado, hace ya mucho tiempo de ello. Pero si le pregunta a Víctor…

—Víctor Quiroga.

—¿Acaso hay otro en esta parte del mundo? Por supuesto, inspector. Víctor Quiroga. El padre de David. Y el dueño de todo esto.

Sandra abre los brazos al decir lo último, y por «todo esto» Mateo no alcanza a adivinar si se refiere a toda esta casa, al valle… o al mundo.

Por fin de vuelta en el coche, Romano tiene algo claro: por más que tanto su padre como el sargento Saldaña insistan, David Quiroga parece no ser precisamente el ejemplo de virtud y respetabilidad del que tanto le han hablado. Sin embargo, tanto Saúl como la propia Guardia Civil parecen haber cerrado filas respecto a sus propias opiniones, y ahora Mateo tiene por delante dos cadáveres relacionados entre sí. Dos accidentes. Y una bodega más que poderosa… Por lo menos, en una de las muertes cabe la posibilidad de que el fallecido no estuviera solo antes de estrenar su condición de difunto. Sí, por más que a Mateo le incomode reconocerlo, puede que su padre tenga razón y aquí haya algo más. El problema es que, como Saldaña le dejó claro, la Guardia Civil ya ha tomado una decisión al respecto. «Ahí no hay nada, Romano», le dijo Javier Saldaña.

De acuerdo, Mateo comprende que ha llegado el momento de afrontar las cosas por otra vía. La suya.

9

Un buen tipo

Ya recogida, de hecho, casi dormida en el número uno de la calle Cervantes, la comisaría de la Policía Nacional en Monforte de Lemos apenas ocupa el bajo de un edificio de tres plantas a las afueras de la villa. Acostumbrada como está a la tramitación de carnets de identidad, pasaportes y poco más, a estas horas de la tarde, ya más noche de invierno que otra cosa, la comisaría es poco más que un refugio para la calma. En este espacio tranquilo, casi en penumbra, un agente uniformado y cómodamente sentado al otro lado de su escritorio aparta por un instante la placidez de su expresión al ver cómo la puerta se abre para que este desconocido entre y suba los dos escalones que separan al agente del sosiego en el que suele estar sumido el pueblo a estas horas.

—Buenas tardes. ¿En qué puedo ayudarle?

Desde el otro extremo de la mesa, el recién llegado le muestra su placa.

—Inspector Mateo Romano, de la comisaría de Vigo.

A pesar de la presentación, y de acabar de descubrirse ante un superior, el agente de guardia no parece especialmente impresionado. De hecho, bastante es que apenas parezca vivo, la verdad.

—¿Algún problema entonces, inspector?

Por toda compensación al desinterés del agente, Mateo deja correr una sonrisa.

—Pues eso todavía no lo sé. Pero sí, podríamos tenerlo.

—Esperemos que no —aún le responde el otro, viva imagen de la calma—. Dígame, ¿en qué le podemos ayudar?

—Verá, agente…

Mateo deja la frase en el aire, y el policía capta la invitación a presentarse.

—Rodeiro.

—Rodeiro —repite Mateo—, estupendo. ¿Sabe si están ustedes al tanto de las dos muertes que ha habido en Sober a lo largo de las últimas dos semanas?

—Sí, lo estamos.

La respuesta es categórica. Pero no viene del agente Rodeiro, sino de una voz situada a la espalda de Mateo. El inspector se vuelve sobre sí mismo y se encuentra con un tipo algo más joven que él, tal vez en torno a los cuarenta, cuarenta y cinco como mucho. Moreno y delgado, pero a todas luces fibroso, camina hacia Mateo sujetando una bolsa de deporte que carga sobre el hombro izquierdo, enfundado todo él en un chándal holgado.

—Lo estamos —repite—. ¿Por qué? ¿Quién lo pregunta?

Es el agente Rodeiro quien se encarga de responder:

—Un compañero, subinspector. Este es el inspector Mateo Romano. De la comisaría de Vigo.

—¿Subinspector? —pregunta Mateo al tiempo que le tiende la mano al recién llegado.

—Eso dicen. Subinspector Jacobo Veloso —se presenta a la vez que corresponde al gesto de Mateo.

En efecto, el modo en que el subinspector le aprieta la mano, firme y determinado, deja a las claras que Veloso es un tipo fuerte.

—¿De Vigo? —repite Jacobo esta vez.

—Eso dicen —le devuelve Mateo su propia respuesta, acompañada esta vez de una sonrisa franca.

—Pues está usted un poco lejos de casa, inspector.

Aunque de manera casi imperceptible, Mateo arquea una ceja. Como si sin palabras estuviera diciendo «Ni te lo imaginas…».

—¿Qué ocurre, entonces? ¿Acaso están investigando en Vigo algo que tenga que ver con estas dos muertes?

—No —responde Mateo casi al instante—. Es más bien un asunto personal.

—Ah —murmura Jacobo, a la vez que deja en el suelo la bolsa de deporte.

Al hacerlo, esta se abre ligeramente, lo justo para que Mateo identifique en su interior un par de guantes de boxeo.

—Pues eso ya me encaja más, porque, según tenía entendido, parece que en ambos casos se trata de accidentes. ¿Algún familiar suyo?

—No, no. Conocidos de mi padre, que es de la zona, de Sober.

—Comprendo.

—Entiendo que desde aquí no se ha realizado ninguna intervención, ¿verdad?

—No —responde casi con aire dubitativo—. A ver, es verdad que dos accidentes mortales en apenas una semana son demasiados para una comarca en la que nunca pasa gran cosa. Aquí procuramos estar informados de todo lo que sucede en el valle, y por eso conozco los casos. Pero, bueno, ya se sabe, si no nos llaman, nosotros…

—Claro —comprende Mateo—, esto es cosa de la Guardia Civil.

—Exacto. Y ya sabe usted cómo son los chicos del Cuerpo con sus cosas, señor.

—Muy suyos.

—Por decirlo de alguna manera, sí.

—Ya. Pero, vamos, que a ti también te ha llamado la atención, ¿no?

Jacobo encoge los hombros.

—Ya se lo he dicho, señor, demasiados muertos en muy poco tiempo para un lugar tan tranquilo como este.

Mateo asiente. Y Jacobo, atento, sabe leer los ojos del inspector.

—¿Ocurre algo, señor?

Romano mantiene la mirada de Veloso, consciente de que este es el momento. Lo sabe, sabe que en función de lo que haga ahora mismo, justo en este preciso momento, puede que ya no haya vuelta atrás.

Y es esto, el silencio, lo que hace que el subinspector Jacobo Veloso acabe de comprender.

—Usted cree que no se trata de simples accidentes.

Mateo aprieta los labios. «De acuerdo —piensa—, allá vamos».

—No —responde a la vez que niega con la cabeza—. No. O, por lo menos, no en el segundo caso, el de David Quiroga.

—Uf… —Jacobo tuerce el gesto en una mueca incómoda—. El tipo de las bodegas Abadía. Una familia de mucho dinero siempre es un escenario incómodo para según qué accidentes.

—Eso parece, sí. No sé, Jacobo, pero hay algo ahí que…

—Le huele mal.

Mateo asiente a la vez que ladea la cabeza, dubitativo.

—Como poco, raro.

—Comprendo. ¿Cree entonces que deberíamos intervenir?

—Creo que por lo menos deberíamos hacer algo más que nuestros amigos del Cuerpo. Como por ejemplo pedir una autopsia.

Jacobo mueve la cabeza arriba y abajo, a la vez que aprieta la mandíbula.

—Puedo hablar con el juez Ulises Bértolo. Seguro que, si no nos la autoriza, por lo menos nos echa una mano. Su señoría es un tipo eficiente.

Mateo asiente, satisfecho de encontrar por fin algo de buena disposición.

Luego de intercambiar sus contactos y quedar en volver a hablar al día siguiente tan pronto como Jacobo tenga alguna noticia por parte del juez, se despiden, y Mateo vuelve a salir al exterior.

Por fin en la calle, saca su teléfono móvil y marca un número habitual.

—¿Santos? Sí, hola, Ana. Sí, sigo aquí, en Monforte. Sí, sí. Puede que las cosas se compliquen un poco. No lo sé, por lo pronto me quedo aquí un día más. No, no, con mi padre no, no… Para hoy he reservado una habitación en un hostal de aquí, de Monforte. Y luego… Bueno, luego ya veremos. Sí, sí, os voy informando. No, no. No creo que sea necesario que vengáis. O por lo menos no de momento. Sí, sí, os voy diciendo. De acuerdo. Venga, sí. Adiós, adiós.

Y ya está. Ha caído la noche.

Hace frío, y la proximidad al río Cabe hace que las calles de Monforte, estrechas, vacías y silenciosas, parezcan más frías, más húmedas. No, no se oye ni el ruido de un coche, ni el eco de ningún paso, ni siquiera el murmullo del agua. Monforte parece estar hecho de silencio. Pero Mateo sabe que no es verdad.

Porque así, inmóvil, todavía con los puños hundidos en el fondo de los bolsillos de su abrigo, intuye que, agazapado en ese silencio mentiroso, se esconde un rumor. Uno que tal vez solo él puede oír. Y reconocer.

Asomado a la calle que, a través de la niebla, se precipita hacia el corazón de Monforte, reconoce el sonido. La voz que, como en un susurro, murmura un nombre que viene directo del pasado. Uno que, tarde o temprano, Mateo sabía que les oiría susurrar a las calles de Monforte.

De acuerdo, si hay que hacerles frente a los fantasmas del pasado, ¿por qué no comenzar por este? Aunque también sea el que más duela justo ahí. Entre aurículas y ventrículos. Al fin y al cabo, ya lo decía el tango aquel: hay cosas primeras a las que siempre se vuelve…

10

La vergüenza

La sensación de frío se hace aún mayor al pasar por delante de la imponente fachada del Colegio de Nuestra Señora de la Antigua. Mateo atraviesa la plaza da Compañía y, apretando con más fuerza el abrigo contra su cuerpo, se pierde por la calle Duquesa de Alba. No importan los años transcurridos, la memoria instintiva guía sus pasos. Por fin ante su destino, Mateo abre la puerta del bar y, de pronto, retrocede en el tiempo. El local lleno de gente, la música sonando por encima de las voces, el olor a cerveza y, al fondo, al otro lado de la barra…

Vuelve a ser sábado. Pero no uno cualquiera, sino uno como los de antes, como los de entonces. Como los de treinta años atrás, cuando la vida todavía brillaba lo bastante como para ni siquiera plantearse si valía la pena o no.

Entonces, este era el bar del señor Matías, donde empezaban todas las noches. Cuando nada los asustaba y lo único que importaba era hallar el sitio de cada uno, Mateo sabía que aquel era su lugar. Porque aquí era donde se encontraban todos. Sus amigos, las risas… Y ella.

Candela.

Era la hija del señor Matías, el dueño del bar. Y Mateo habría seguido viniendo cada noche desde Sober hasta Monforte solo para sentarse al otro lado de la barra y reír con ella. Aunque no hubiera nada ni nadie más. Ni sus amigos, ni el local lleno de gente, ni la música. Porque no habría sido necesario. El sonido de su voz, la música de su risa, esa era la mejor de las canciones. Y aunque a Mateo todavía le faltara toda la vida por delante, de sobra sabía ya que los ojos de Candela tenían luz suficiente como para llenar todos los bares del mundo, por más oscuros, tristes y solitarios que fueran.

Candela y Mateo se habían gustado desde siempre. Se atrajeron desde el primer instante en que se vieron y juntos eran fuego y *rock and roll*, gasolina y motores calientes. Dos almas cruzando juntas el cielo nocturno a toda velocidad, kamikazes siempre a punto de estrellarse. Pero la una contra la otra. O, mejor dicho, la una en la otra.

Y entonces la vida decidió suceder.

Con la muerte de su madre, algo se rompió en el interior de Mateo. Tal vez la alegría, o quizá la capacidad de creer, de mantener vivo algo parecido a la fe, a la esperanza.

Mateo intentó mantener viva la relación. O por lo menos el contacto. Regresó un par de veces a Sober. La primera, unos cuantos meses después de la muerte de su madre. La segunda, al final de curso. Y sí, las dos veces estuvo con Candela. Solo que las cosas ya no eran iguales. Para Mateo era como si la luz hubiera perdido de alguna manera el brillo, como si el mundo se hubiese quedado sin sabor. O, tal vez, tan solo fuera que, de algún modo, Mateo ya no era la misma persona.

La primera vez que se vieron intentaron hacer como si nada hubiera cambiado. Mateo se encontró con Candela en el bar de su padre. Hablaron, bebieron, se quedaron hasta tarde y, al final, también esa noche la pasaron juntos. Como tantas otras antes de aquella. Pero no, nada entonces fue igual. No había el mismo entusiasmo, la misma ansia y el hambre del cuerpo del otro. O, por lo menos, no por parte de Mateo. No había, en realidad, ningún tipo de alegría. Sí, aquella primera noche en que volvieron a verse tras la muerte de su madre fue una triste. Pero la segunda…

Mateo regresó a principios de julio, al acabar el primer curso en la academia. Y es probable que sí, que lo primero que hiciera fuese buscar a Candela. Pero esta vez era ella quien no parecía la misma persona. «¿Qué pasa?». Y entonces se lo dijo… Lo hizo así, de golpe, sin avisar. Como lo hacía todo siempre. Solo que esta vez Mateo, para sorpresa de ambos, no supo cómo reaccionar. Y, cuando lo hizo, fue de la peor manera posible. Lo rechazó todo. «Ahora no es un buen momento. No estoy en condiciones. No puedo… ¡No es mi problema!». Y mientras a Candela se le rompía el corazón en silencio, él decidió marcharse por donde había venido. Cerró todas las

puertas, quemó todos los puentes y, sin más, se fue. Así, sin avisar, sin dar ni la más mínima oportunidad. Se largó. Y ya no volvió nunca más. Hasta hoy.

Hasta ahora mismo.